

Planes que no salen bien



ELLA NO LA OYÓ. NO PODÍA OÍRLA.

Ella no lo supo. No podía saberlo.

Ella no la ayudó. No podía ayudarla.

Pero aun así sufrió muchísimo por todo lo que no pudo hacer para salvar la vida de la niña.

Ocurrió en la mañana de un día igual que todos los demás. Se levantó al amanecer y preparó la cesta para bajar al río a lavar la ropa en la fresca corriente. Iría rápido, se aplicaría a la tarea y así podría volver antes de que su familia se levantara. Ése era su plan.

Pero aquella mañana, cuando pasó de puntillas

junto a la cama donde dormía su hija pequeña, la niña se despertó.

—¡Hola, mamá! ¿Me ves, mamá? —le preguntó la niña agitando las manitas en el aire—. Hoy quiero ir contigo y ayudarte.

Como un relámpago que cruza un cielo apacible, la niña se levantó de un salto y se vistió. Se puso una túnica blanca y fresca y metió los pies en un diminuto par de sandalias. Tenía cuatro años y se sentía muy orgullosa de la ayuda que le ofrecía a su madre en la casa cuando ponía la mesa o llenaba la jarra de agua. El hecho de que pronto fuera a ser lo bastante mayor para llevar fajín y sentarse con las niñas mayores en el templo hacía que en su cara infantil, rodeada de un halo angelical de rizos dorados, apareciera una gran sonrisa.

—¡Mira, mamá! —dijo la niña cuando emprendieron el corto paseo que llevaba al río—. Sé moverme como la bailarina de la danza del vientre que

vimos en la boda. —La pequeña meneó su cuerpecito delgado como un junco y fingió que tocaba una pandereta imaginaria con las manos, todo con la esperanza de alegrarle la cara a su madre.

Pero la mujer estaba preocupada. Amaba a aquella niña con todo su corazón y disfrutaba enseñándole las tareas del hogar, pero la posibilidad de que se demoraran demasiado en el río y regresaran tarde para prepararle el desayuno a su malhumorado marido le llenaba de miedo el corazón. No quería enfadar al hombre.

La mujer le señaló a la niña un montón de arena que había cerca del lavadero y le dijo que se quedara allí jugando. Después empezó a lavar la ropa en el río, que corría tempestuoso y crecido después de las lluvias torrenciales. Cada vez que la mujer enjuagaba un fajín o una túnica, miraba por encima del hombre y saludaba con la mano para asegurarse de que su hija seguía entretenida con sus juegos imaginarios.

Pero la niña quería llamar la atención de su madre.

—¡Mira, mamá! —exclamó la pequeña levantándose de repente y corriendo hacia el agua—. Salto como las bailarinas del templo...

Pero al saltar y brincar cerca del arroyo, resbaló sobre una piedra cubierta de musgo y cayó por el terraplén de la orilla hasta el rugiente cauce del río crecido por la lluvia. La había absorbido un remolino y la niña no paraba de girar en círculos sin fin; el agua la arrastraba como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Mamá! —chilló desesperadamente la niña cuando la rápida corriente empezó a arrastrarla río abajo—. ¡Mamá! —gritó mientras intentaba mantenerse a flote. Pero su madre era sorda y no pudo oírla. Ella no lo supo. No hizo nada por ayudar a la niña.

Más tarde, cuando encontraron el diminuto cuerpo de la pequeña, la mujer sufrió sobremanera por todo lo que no había podido hacer para salvar la vida de la niña.

El horno de la aflicción



OR QUÉ SUFREN LAS BUENAS PERSONAS?

¿Por qué Dios se lleva a los niños
antes de tiempo?

¿Por qué el universo es tan frío,
tan cruel y tan injusto?

Durante siglos la gente se ha hecho estas preguntas y durante siglos las respuestas que han dado los ancianos y los profetas han sido las mismas: la gente sufre por sus pecados, el sufrimiento es un castigo por las cosas que se han hecho mal.

Pero ¿es eso cierto? ¿Recogemos lo que sembramos? ¿Los que hacen mal son castigados por sus

infracciones mientras que los buenos reciben recompensas?

Esas cosas eran las que se preguntaba Elizabeth. Tumbada en un campo abierto bajo un manto de resplandecientes estrellas, pensaba en lo que había ocurrido durante el día. Había empezado al amanecer, a las afueras del pueblo, adonde había ido para ayudar a nacer a un bebé. Estaba claro que la madre era un alma buena, amable, que le daba pan a cualquier mendigo que se sentara a su mesa y agua a cualquiera que se la pidiera en el pozo.

Pero según fue progresando el parto, la mujer empezó a sangrar profusamente. Elizabeth hizo todo lo que pudo para detener la hemorragia, pero la mujer murió dejando tras de sí a una familia con el corazón roto que había perdido a un ser querido antes de tiempo.

¿Merecía morir aquella mujer? ¿Dónde estaba la justicia divina cuando ella la había necesitado? ¿Por

qué sus actos de generosidad no habían inclinado la balanza de la misericordia a su favor? ¿Por qué se había cercenado una buena vida?

Algo más avanzado el día, le habían pedido a Elizabeth que visitara a un niño que había contraído la peste. La criatura sólo tenía un año y no era más grande que un corderito. Acababa de empezar a sostenerse sobre ambos pies y a caminar tambaleante de aquí para allá diciendo «ma-má» y «pa-pá». Tenía una sonrisa tan cálida que fundía hasta los corazones más duros.

Pero desde que había caído enfermo, su dolor era tan terrible que desconcertaba hasta a los boticarios más expertos. Los ojos suplicantes del niño rogaban que alguien le aliviara, pero su madre se encontraba impotente ante aquella situación. Cuando murió, Elizabeth colocó dos pequeñas piedras blancas sobre sus párpados para sellárselos para la eternidad.

Después, cuando ya había comenzado a caer la

noche, Elizabeth caminaba junto al río recogiendo hierbas y especias para una comida que iba a prepararle a su marido, Joshua, el pastor. Él iba a viajar hasta la Tierra Alta para ayudar a los habitantes de aquel lugar que habían perdido sus casas en la inundación. Elizabeth y su hermano adoptivo, David, querían dedicarle una buena comida a Joshua antes de que éste partiera hacia su largo y arduo camino con sus ovejas. Ambos estaban deseando pasar tiempo con el pastor al final de aquel largo día.

Pero el plan de Elizabeth se vio repentinamente truncado cuando se acercó a la orilla del río para recoger unas azucenas. Estaba en medio de unas zarzas cuando vio algo por el rabillo del ojo. ¿Qué era aquello? ¿Alguien se había dejado una prenda de ropa? Tal vez alguna lavandera o una esclava hubiera olvidado un pañuelo o un fajín de alguna dama de la realeza. Si así era, a alguien le caería una buena reprimenda y tendría que pagar por su descuido.

Pero, a medida que se iba acercando, Elizabeth empezó a dudar. ¿Podría ser un niño que estuviera jugando al escondite? Era bastante tarde para estar jugando fuera. Cuando se aproximó más, la vio: una manita que parecía una estrella de mar flotando en el agua. Entre las aneas y las hierbas ornamentales, se veía el cuerpecito de una niña que flotaba con suavidad, boca abajo, con el pelo dorado desparramado por el agua.

Cuando sacó a la criatura del agua, Elizabeth le apartó el pelo de la cara y se la secó con su vestido. Los labios de la niña eran pequeños y tenían una forma perfecta, como pétalos diminutos de una rosa en miniatura. Si en el cielo se había perdido un ángel, Elizabeth estaba segura de que acababa de encontrarlo. Parecía estar profundamente dormida. Pero era el sueño de la muerte, macabro y definitivo. Elizabeth sostuvo la manita de la muchacha y le arregló la túnica; quería prepararla para devolvérsela a su familia.

La tarea de decírselo a sus seres queridos recayó sobre Elizabeth, que acompañó a la procesión de dolientes hasta su morada. La noche ya estaba avanzada cuando la comitiva llegó. La casa estaba a oscuras; la madre esperaba junto a la puerta con una vela, mientras que su marido estaba sentado en el interior frente a una pequeña mesa de madera con un gran plato de pescado y un pedazo de pan que no había tocado. La angustiada madre dejó escapar un lamento, como un animal herido, cuando vio la procesión que cargaba con una pequeña figura rígida y cubierta por una sábana blanca.

¿Merecía aquella mujer una tragedia así? ¿Se había buscado toda aquella tristeza? ¿Qué maldición recaía sobre ella?

«Todo el mundo recoge lo que siembra», le dijeron los ancianos y los sacerdotes de la procesión al marido, que culpaba a su mujer por no haber vigilado con más atención a la niña. Por eso cogió una

vara y la golpeó con saña, por haber llevado la vergüenza y el infortunio a su casa.

Una profunda tristeza inundó a Elizabeth mientras reflexionaba sobre todas aquellas cosas. En su trabajo como comadrona había intentado traer la luz a donde había oscuridad, difundir la alegría donde había tristeza. Pero ahora la oscuridad era profunda y duradera; parecía que la luz se hubiera ido para siempre. ¿Cómo iba a sobrevivir a aquel horno de aflicción que estaba quemando su alma?

Su cuerpo se estremeció cuando apeló a los cielos rezando para encontrar respuestas. Elizabeth cerró los ojos; ya la estaba invadiendo el sueño cuando le pareció oír una voz suave y queda que le susurraba al oído: «Quédate quieta, pequeña, y conoce que existo».